

San José, Costa Rica, 15 de Mayo de 1894

Quartillas

PUBLICACION QUINCENAL

Nº 5

CONTENIDO

I. Las hadas negras—II, Realidades— III, Ella—IV, Caprichos—V, Desengaño—VI, Diputados provinciales.

Tip. Nacional.



Las Hadas Negras

* * *

Perdido en el centro de la cordillera, inaccesible á los hombres, el viejo volcán era el sitio más propio para celebrar el aquelarre. Su enorme cráter, apagado desde siglos, parecía entrar de nuevo en actividad, tan grande era el ruido que allí metían todos aquellos seres fantásticos, reunidos en espantosa saturnal, con objeto de practicar á favor de la pálida claridad de la luna misterios horrendos.

El conjunto del espectáculo era indescriptible, digno del loco pincel de Goya; una mascarada espeluznante en que figuraban viejas desgreadas y lúbricas, al lado de hermosas jóvenes en lascivas actitudes de bacantes. Feos gnomos, barbudos y deformes, retozaban haciendo sonar los cascabeles de sus gorros, en tanto que horribles brujas, sentadas en cuclillas al rededor de grandes calderos, llenos de filtros y bebistrajos abominables, atizaban las hogueras con sus dedos flacos, armados de largas uñas encorvadas. Multitud de sabandijas, á las que se mezclaban galápagos y cuculebras, iban arrastrándose por entre las patas de monstruos estrafalarios, parecidos á los que se ven en las gárgolas de las catedrales góticas, sin que nadie se cuidase de ellos.

El tumulto crecía por instantes con la llegada de nuevos asistentes, ansiosos de concurrir al Sábado. Los hechiceros y nigromantes volaban por los aires agitando sus negras alas, semejantes á enormes murciélagos, y las brujas cabalgaban sobre palos de escoba. En un extremo, rodeado de sombras, alzabase el trono rústi-

co de S. M. Satán, el soberano todopoderoso, cuya silueta siniestra se destacaba indecisa en la penumbra, cubierta la cabeza por un sombrero empenachado con plumas de gallo negro. A su lado estaba su compañera, la más joven y hermosa de las brujas, desnuda y coronada de flores silvestres.

—*¡Abracax, abracax, abracax!*—gritó la bruja de pronto.

A esta voz todos enloquecen, y llenando el aire con aullidos frenéticos se precipitan á adorar al soberano. Su compañera le acaricia en medio de la algazara general. Hecho esto comienza el banquete, inmundada orgía en que todos se embriagan con un líquido infernal, á la luz vacilante de las antorchas de pez y los cirios verdes que blanden algunas de las brujas. Todos se aman sin pudor, ebrios de vino y de lujuria. Al banquete sigue la danza; las manos se unen, sueñan las flautas y los tamboriles y todos parten en una farándula vertiginosa, vueltas las espaldas á Satán que se yergue fatídico en el centro, bañado su velludo cuerpo por el rojo resplandor de los fuegos, por encima de los cuales van saltando los danzantes.

Llega después la hora de la misa negra y la bruja se prosterna para que sus ancas sirvan de altar. Un demonio se aproxima en ademán de oficiante á consumir el sacrilegio. La escena es terrible, pero de una belleza salvaje que impone y sobrecoge. Un grito de alarma interrumpe de improviso la siniestra burla; cesa el bullicio, al cual sucede un momento de expectante ansiedad.

—¿Quién osa turbar esta fiesta?—pregunta Satán con voz ronca y amenazadora.

—Señor—responde Ariel, uno de sus demonios favoritos,—son tres hadas negras que desean verte y probar el alcance de tñ poder.

—Tráelas á mi presencia.

Desaparece Ariel y vuelve luego con las tres hadas que tiemblan de pavor á la vista de cosas tan horribles. Rodéanlas gentiles elfos y gnomos, codiciosos de su belleza.

—¿Quiénes sois y qué pretendéis de mí—interroga Satán.

—Poderoso Monarca de las sombras—responde una de ellas, la más hermosa,—venos aquí postradas á tus plantas, en demanda de una gracia que no hemos podido obtener de ninguno de los misteriosos espíritus del mundo. Pero tú, cuyo poder es infinito y para cuya voluntad no existen obstáculos, has de lograrlo si te mueve á compasión nuestra desgracia. Somos hermanas las tres, nacidas en un mismo día y de una misma madre; y aunque ahora ves nuestros cuerpos negros como el azabache, éramos al nacer más blancas que los nardos. De cien leguas á la redonda venían gentes á conocernos, tanta era la fama que cundía de nuestra gentileza. Esta fué la causa de la desgracia que nos aflige, porque un hada muy poderosa, enemiga y rival de nuestra madre, resolvió vengarse de ella, destruyendo lo que era su mayor orgullo: la singular hermosura de sus hijas. Vanos fueron todos los cuidados y tiernas solicitudes que se emplearon para sustraernos de la maldad de la rencorosa enemiga. Un día se le presentó la ocasión que tanto deseaba. Dormía nuestra madre sobre la hierba fresca á orillas de un río y nosotras flotábamos sobre una cuna de hojas de nelumbo, escondida en medio de los juncos, cuando sobrevino el hada. Al amparo del traidor silencio con que se fué aproximando burló la vigilancia de nuestra madre, la cual no pudo impedir que nos cubriera con un pérfido velo que poseía la virtud de ennegrecer la más cabal blancura. Todos los medios han sido agotados para destruir el maleficio. Los más hábiles encantamientos han fracasado ante su misterioso poder; negras nos hemos quedado y negras seguiremos siendo si tú no lo remedias. Oh, Satán, señor omnipotente de las tinieblas, sé generoso, compadécete de nosotras y devuélvenos nuestra piel de lirio.

—Accedo á vuestros ruegos—replicó Satán, y volviéndose al concurso añadió con acento imperioso:

—Acudid á mi voz, negros espíritus de las sombras, brujas y hechiceros, gnomos, elfos y lutinos. Obde-

ced lo que os mando. Juntad vuestra ciencia infernal y preparad un filtro que á estas hadas devuelva su blancura.

A este llamamiento del amo, todos se aproximan en actitud humilde.

—Señor,—exclama una bruja centenaria, horrible y desdentada, el filtro que ha de obrar esa maravilla yo lo conozco, mas para hacerlo se necesitan, entre otras, dos cosas indispensables: la sangre de un recién nacido y el corazón de un avaro.

—Ven aquí, Puck—llamó Satán,—tú, el más listo de mis demonios, parte en el acto y tráenos lo que esta vieja pide. Roba á la madre feliz su tierno hijo y rasga con tu puñal el duro pecho del avaro.

Puck desaparece en una espiral de humo. Antes de un cuarto de hora vuelve triunfante con lo pedido. Entonces la vieja prepara los ingredientes y pronuncia los conjuros. Después lo echa todo en un caldero y revuelve los tizonos para cocinar el brebaje, mascullando fórmulas cabalísticas. Brilla la lumbre y comienza de nuevo la ronda infernal en torno de la hoguera. Cada vez son más violentas las llamaradas; pinos enteros se retuercen con estallidos lúgubres, y la vieja no cesa de atizar el fuego. El cráter tiembla de placer como renaciendo á una nueva vida; los diablos mismos admiran la intensidad del incendio y es milagro que no se funda el caldero, que ya está casi blanco.

—¡El alba, el alba!—exclaman varias voces, y por encanto desaparecen todos. La vieja, ya montada en su escoba, les grita desde muy alto:

—Si el corazón del avaro se ha ablandado el filtro es bueno y bebiéndole recobraréis vuestra blancura.



Ya el fuego ha muerto y las tres hadas se aproximan al caldero, llenas de esperanza. Sacan del fondo el corazón. ¡Oh, dolor! está petrificado! todos los fuegos del infierno no han podido ablandarlo.

Entonces con el pecho lleno de sollozos y cuaja-

dos de lágrimas los párpados, alzan también el vuelo; y al llegar á la cúspide del cráter el primer rayo del sol naciente puso en sus negros cuerpos, un reflejo sombrío como el de las perlas negras.

Ricardo Fernández Guardia.





DEL LIBRO "REALIDADES"

POR F. PEREIRA CASTRO.

La hermosura hecha carne, la belleza viviente, hubiera desesperado al mismo Pigmalión para darle semejanza en el mármol, y por ella Murillo, el Homero de la pintura, al trasladarla al inanimado lienzo, hubiera dado todas las vírgenes de sus sueños, todos los cuadros de su excelsa inspiración.

La rosa se transformó en labios y la noche polar en cabellera, por ella.

La palma cimbradora se hizo talle de mujer, por ella.

El abismo se hizo mirada profunda, inexplicable, atrayente, por ella.

Todos los perfumes de la selva se hicieron aliento, por ella; la luz le dió sus resplandores; la noche sus misterios, el crepúsculo sus tintes, la aurora sus encantos.

Aquella mujer era un pedazo de sol moreno. Tenía la blancura luminosa de la nieve con los colores de la olorosa canela.

Era americana. Parece como que la América hubiera hecho un esfuerzo para recojerse en un pequeño molde con todo lo que posee de espléndido y magnífico y que de ese molde algún invisible Dios Creador hubiera sacado la forma plástica para hacer un sér humano. Así fué formada aquella mujer.

Un día la admiró un joven pensador, de espíritu indomable, altivo y descreído, y dijo: si he de adorar

un dios de leyenda, si he de creer en la divinidad con formas, esta mujer será mi dios.

Verdaderamente, el Olimpo hubiera temblado de orgullo al recibirla.

La Filosofía helénica le hubiera elevado un templo.

La Grecia habría tenido para ella la inmortalidad.

Su tierra tenía algo más para ella: los cantos de sus bosques, que son el ditirambo de la fuerza productora, y sus estrellas, que son los cantos de los cielos, y su cielo por pabellón.

Carmen Pérez, así era. Y así radiante, era alborada para muchos corazones; noche sombría para muchas mentes; iris de bonanza para tempestades de amores.

Era esperanza y era desesperación.

Los jóvenes la amaron, y, hasta los viejos sintieron, en su profundo egoísmo, cariño por la niña.

En la sociedad pasaba iluminando.

Sus padres, llenos de orgullo, soñaron para ella manto de oro recamado con perlas de Ceilán.

El poeta la cantó con himnos tiernos como los del "Cantar de los Cantares"; por ella se entonaron versos del "Ramayana". No supo ó no creyó que era bella, si era modesta !

Si hablaba, era suspirando como la guzla mora; si andaba, música de arpas había en sus pasos.

Una vez un nuevo día la encontró pensando. El amor, traidor y zalamero, había tocado el pecho de la niña. Se puso triste. Bebió agua cristalina y tuvo fiebre. Con los pensamientos de su amor, la niña se hizo más bella. Le faltaba la tristeza.

Niñas bellas, procurad estar tristes con la tristeza del amor !

Carmen Pérez, era amada.

Principió para ella desde entonces nueva vida. Celó con furia; amó con adoración; lloró como Raquel, y sufrió como Heloísa.

Estudió prácticamente la psicología del amor. Encontró en sus cabellos la obscuridad, y en sus

ojos la luz; en su corazón, el movimiento, y en su cerebro, el deseo; en sus mismos labios la miel; y en la miel de las abejas la amargura.

Tuvo desvelos y tuvo ansiedades.

Una vez se le ocurrió tomar del vino que solía para restablecer su quebrantada salud, algo más de lo recetado por el médico. Y tomó. Excitado su sistema nervioso soñó con tálamo nupcial y atmósfera de perfumes. Desde entonces un jarrón de china contuvo de *manzanilla* gran cantidad. Y ella decía: "bebo topacio líquido para calmar mis penas". Parece como que tenía razón. El vino adormecía el sufrimiento.

La niña hermosa bebía y dormía y volvía á beber. Bebe niña hermosa! El vino transforma tus tristezas. Ese topacio líquido te hace soñar, bebe niña hermosa!

La influencia del vino, con lentitud inconcebible, se hizo sentir.

Principió la niña á perder su hermosura; perdía su belleza:

la luz de sus ojos se hizo opaca;

el aroma de su aliento se transformó en vapores de pantano;

la noche polar de su cabellera, en guarida de liendres.

la música de sus pasos en vaivenes descompuestos;

el perla de sus dientes, en amarillo de cirios de muerto;

el mármol palpitante de su seno en palpitante deseo de lujuria. Y la niña bebía!

Arrastrada por las alfombras de su estancia, junto á los rotos vasos del perfume y en desorden el vestido, la encontraron sus padres. Había tomado mucho del topacio líquido del jarrón de China. Ya no soñaron sus padres para ella manto de oro recamado con perlas de Ceilán. La niña se emborrachaba!

No bebáis niñas hermosas!

Beber es morir!

Al amor ideal había sucedido la pasión.

Bebió la niña del topacio líquido. Mandó enganchar su carroza dorada, y en la carroza llevaba el jarrón de China. . . . Le dijo al postillón: aquí. Le llamó; estaba borracha. Lo besó. . . . y luego. . . . niña hermosa, te convertiste en Mesalina!

El topacio líquido había transformado á la niña en carbón para los fugones.

Cuando así se bebe, y así hace estragos el vino, así se termina: de diosa en meretriz.

Niñas bellas, no bebáis!

Mesalina bebía, Cleopatra bebía. Niñas bellas, beber es crimen, no bebáis!

Si alguna vez estáis tristes con la tristeza del amor, no bebáis topacio líquido.





ELLA

El mundo de tristezas en donde habito
yo recorro con ansias de vagabundo
en demanda perenne de su existencia;
pero sé con despecho que es infinito,
pues sólo me acompaña por ese mundo
una sombra doliente: la de su ausencia.
Silencioso misterio, calma nocturna
envuelve con un velo de somnolencia
mi espíritu agobiado por la demanda,
porque no tiene un ángel que lo dirija:
mas aunque sin apoyos, á tientas, anda,
como si fuese de astro luz taciturna
su sombra solamente me regocija.

En ella, sólo en ella, de gozo lleno
yo reposo mis sienes con desvarío,
como el niño las suyas en puro seno
cuando bajo el harapo que lo cobija
busca dulces tibiezas y tiene frío.

Ella para mis sueños de oculta gloria
es la virgen con alma de sensitiva,
á quien busco sin treguas en mi desvelo
por los ámbitos tristes de la memoria;
mientras que sus recuerdos la mente liba
como una mariposa de extinto vuelo,
que, las alas deshechas en torpe giro,
en un haz de azucenas quedó cautiva.

En silencio por ella sufro y deliro,
pues en los abandonos de mi ternura,
de mis divagaciones entre los trazos
percibo dulcemente que me tortura
un impulso vibrante como de abrazos;
porque bajo el empeño que lo sublima,
llevado por la llama de su hermosura
en un ardiente anhelo como de cima,
el ángel luminoso de mi memoria
por escalas tejidas con áureos sueños
asciende tras sus huellas hasta la gloria;
ó si mis ojos rinde con sus beleños
ella viene á buscarme cual si viniera
del vaporoso limbo de los ensueños;
pues vivo de embelesos y solitario,
á la visión atento de su quimera.

Un crepúsculo tibio que no deslumbra
ilumina mi mente como santuario:
en su recinto lleno de tristes galas
descoge sus cendales una penumbra
que con diafanidades de tules fuera
semejante á reflejo de sombra de alas.
Entre el velo que cruza la vasta nave
la grandiosa pupila de Dios alumbrada
de soberbias auroras á la manera;
mientras al claroscuro que la recata,
esta pasión que sólo del cielo sabe
su aliento como de ángel enamorado
con lentas vaguedades en él dilata!

Oh pasión que mis savias rejuvenece!
hasta en la misma selva de mi pecado
á sus fecundos soplos el bien florece!

Oh pasión que á los senos de Dios eleva!
¡Atado por mis culpas al bajo suelo
como réprobo triste yo soy que lleva
en la mente rebelde fulgor de cielo!

¿Cómo este amor sencillo solo resiste
de los humanos vientos á la mudanza?
Mi amor es como roca por su firmeza:
sobre la altiva cumbre, fugaz y triste
no fulgura el reflejo de la esperanza.
á los falsos halagos firme y sereno,
tiene al incorporarse de gloria lleno
la hermosa contextura de la grandeza!

• Este amor en el alma jamás perece,
como que es de mi vida la sola esencia.
¿No muda el sér la forma de que reviste
si, por la ley sacrosanta, de su organismo
se evapora el aliento que lo enaltece?
Así mientras yo viva mi amor existe,
porque él es el aliento de mi existencia.
¡Imposible que muera: si soy yo mismo!

Nutrida por la savia de la ternura
que de mi acerbo llanto jugo recibe,
esta pasión se yergue sobre mi seno
como flor de pureza que arraiga y vive
cabe una yerta losa de sepultura.
¿Es la flor que en las tumbas gentil asoma
acaso menos pura porque del cieno,
que más pujantes savias en él encierra,
sus galas esplendentes para ella toma?
Mi corazón deshecho por el martirio
dijérase que imita vaso de tierra
donde lozana planta de suave aroma
rivaliza en pureza con albo lirio!

Cuando siento un anhelo como de cumbre
que pone fuerza de alas en mi delirio,
llevándome al acaso por otra esfera,
este amor que mi mente gozosa impele
hacia el mundo radiante de lo divino
á los cielos enlaza mi podredumbre.
El me salva tan sólo: cuando yo muera
quizás entre sus brazos el alma vuele,
cual en brazos de un ángel, á su destino!

¿Quién supo de ventura más acabada?
Hoy extinta su gloria noble y risueña,
jamás el pensamiento concibe ó sueña
en sus santas fruiciones como ella, nada!

Empero, deleznable, como lo humano,
como cuanto queremos con más porfía
de lo que para encanto del alma existe
una mano de sombras nos lo arrebató,
la gloria que en silencio gozaba ufano
es filtro de amarguras desde ese día,
aciago y tenebroso, mil veces triste,
en que mi pobre techo dejó la ingrata!

Es una breve historia, de llanto sólo:
las vigilias pobladas de llamas rojas
en noche por intensa como de polo;
pesadez de silencios y de congojas,
en la seca garganta dogal de angustia,
humedades de lloros en la mirada....
ella, en la escena, luégo, pálida y mustia,
con los albos adornos de desposada!

¿Es una desposada? De boda emblema,
aunque tiene la niña sólo seis años,

las flores de la novia que Dios aliña,
las pálidas y blancas y sin engaños,
entretajan y forman esa diadema
que luce tristemente la dulce niña
¿Dónde espera al esposo la desposada?
Con laconismo grave, pero que aterra,
bajo un fresco ramaje de tuberosa,
sobre el frío testero de su morada
que á mis ávidos ojos huraña cierra,
dice con negras letras: "Aquí reposa...."

JUSTO A. FACIO.





Caprichos

Emelina celebraba su cumpleaños.

Joven y extremadamente hermosa, no era de extrañar la corte que rendía homenaje á aquella reina de la calle.

Ese día estaba en contra de lo debido triste y huraña. En vano se esforzaban por distraerla todos los que llenaban su sala. Parecía hastiada del placer y abandonaba sus preciosas manecitas á los besos, como por descuido.

Se sentó junto á la mesa á jugar con la esperma de una vela, indiferente á los elogios de la alegre turba de sus admiradores, cuyos cerebros hacían prodigios de imaginación inspirados por ella y por el fuego del champaña. Tres nuevos amigos entraron á felicitarla. Ah! Ud. por aquí! exclamó al ver uno de ellos y sus ojos brillaron con alegría y sorpresa. Alto sin demasía, de esbelta delgadez, con el bozo apenas naçiente y una expresión distinguida caracterizada por la mirada vaga y candorosa de sus grandes ojos oscuros y por su sonrisa tristoná é insinuante, parecía Julio uno de esos pajecitos que nos describe la poesía de los tiempos caballerescos como dechados de gentileza y hermosura varonil.

Su rostro reflejaba el estado de su sér; á pesar de sus veintidós años era casi tan inocente como un niño. Soñador por su temperamento nervioso y delicado, amaba las heroínas de sus libros, las formas de sus estatuillas; pero cubría como con un velo de idea-

lidad los encantos de las mujeres y se ruborizaba por cualquier chiquilla que pasara á su lado.

Ya se ve si en efecto sería rara su presencia en aquel lugar, donde estaba gracias á las instancias de sus compañeros.

En medio de su fastidio, de su deseo de nuevas emociones, sintió verdadera satisfacción Emelina al ver en su casa al joven austero que tanto gustaba á las mujeres por su gallardía y su fineza, y se apoderó de ella la idea de conquistar su amor. Despidió á los demás. Cuando Julio se vió solo, obedeciendo á sus instintos dormidos, quiso salir también, pero ella lo retuvo y lo hizo sentar á su lado.

Los recursos que le brinda la Naturaleza á la mujer para agradar, son inagotables. Cambió por completo en presencia de aquel capricho de sus sentimientos. Los primores de su cuerpo se hacían más notables. Hablaba con suavidad y dulzura mientras que de sus ojos se desbordaba la pasión. Ella, á quien la generalidad de los hombres compraba con oro sus caricias como de fiera domesticada, mostraba en ese momento toda la exquisita sensibilidad de su sexo.

Julio al principio se quedó asombrado ante aquella novedad. Solamente conocía las mujeres de sus libros!—después sintió en todo su sér algo extraño; se estremecían sus nervios y se llenaba de calor su cabeza, quería huir pero no podía. Después se serenó un poco y pudo contemplar la hermosa realidad que le brindaba sus delicias y obedeciendo á los impulsos de su sangre que se agolpaba en los labios, besó aquella linda carita.

Era el primer beso de su vida!

Desde entonces soñó más con las antiguas vírgenes de su imaginación, porque aprendió á sentir las. Su alma en capullo se abrió al contacto de aquel beso á cuyo ruido se despertaron también sus pasiones. Emelina recogió las primicias de su corazón.

Pasaron después muchos días de felicidad en que sólo existieron el uno para el otro.

Ella tenía caprichos de otra naturaleza. Una vez vió en la ventana de un joyero unos pendientes admirables y de gran valor

En cuanto llegó Julio, le suplicó que se los comprara, y lo hizo con tanta gracia que él gastó todo lo que tenía por complacerla. ¡Con qué regocijo veían quebrarse la luz en los prismas de aquellas gotas de rocío cristalizadas! El regalo fué motivo para una verdadera fiesta de risas y monerías.

¡Qué dichosos eran!

Al otro día no hubo dinero y comenzaron las penas. Emelina no era mujer que tuviera valor para soportarlas. Encontró el remedio en su antigua vida y halló en ella también olvido para su amante.

Aquella alma de la cual sólo brotaba el sentimiento como por capricho se lanzó en busca de nuevas impresiones.

Una tarde paseaba Julio pensativo, contagiado de la melancolía del crepúsculo, llevando su mirada desde el cielo, espléndido á esa hora, hasta el fondo de su corazón en que yacían sus nuevos ídolos caídos y despedazados.

El ruido que había en un establecimiento le llamó la atención. Era una casa de empeños en que se remataban prendas. Se acercó por curiosidad. En ese momento pregonaba el dueño, parado en el mostrador, unos aretes de brillantes.

Eran los que habían causado su desdicha.

Cansada Emelina de ellos, los había llevado allí para poder comprar otras joyas.

Tout passe, tout casse, tout lasse!

Gastón.



Desengaño

Existen algunos hombres que tienen la cualidad especialísima de que las mujeres no los quieran.

Claudio era uno de ellos, pero no sin algunas razones, porque era un muchacho de figura desgarrada, y aunque poseía algún talento, no era de las personas que lo manifiestan á primera vista; su conversación llena de simplezas, de candideces, falta de la más pequeña cantidad de ingenio y con petulancias de mal género, daba de él la más pobre idea.

Su lado flaco era un inmenso cariño al sexo femenino; las faldas le trastornaban los sentidos, lo embobaban.

Eterno rebuscador de ideales encarnados, sus chascos, ante las asquerosas realidades nos hacían sonreír; pero sin odio, sencillamente con lástima; era tan bonachón, sufría tan intensamente que se hacía acreedor á ella.

Las jóvenes de buena sociedad á quienes había pagado su tributo de admiración y cariño, se habían burlado ferozmente de sus miradas tiernas de cordero, de sus amartelados saludos, de su insuficiencia.

Llegó por fin el día de renegar de ellas, desengañado del buen mundo y de sus vanidades, desdeñando interiormente á todas aquellas que se habían reído á su costa, de cuyos caprichos, gestos y necesidades tanto se había pagado antes; y guardando aún en la fuente inagotable de su corazón inmenso cariño, puro y desinteresado, se dedicó á las criaditas, género de hembras sinceras y positivas.

Le felicitaron maliciosamente sus compañeros, algunos de ellos mártires compungidos de dolencia se-

mejante. Ahora sí harás fortuna, le dijeron, las muchachas incultas, sin coqueterías, que se dedican á las tareas honorables del servicio doméstico, no tienen corompido el corazón y sabrán pagar tu lealtad y buenas intenciones de mejor manera que las orgullosas señoritas.

Poseído de estas ideas, creyendo firmemente, además, reunir las dotes de un buen tenorio, comenzó sus ojeadas por las afueras de la ciudad, y sus paseos nocturnos por las calles principales de la población.

Recorrió sin éxito, muchas veces el Parque Morazán y su prolongación más arriba del puente; no encontraba sino parejas de artesanos y artesanas en animado coloquio, discurrendo por las aceras ó dándose el gustazo de oír cómodamente sentadas, los melodiosos acordes de un piano callejero, con que obsequiaba el albañil á su Julieta. Pero era el caso que mujeres solas no se topaban, sino de edad avanzada y *palmito obeso*, las cuales no corrían peligro de ser perseguidas.

En las noches de luna, Claudio, tornábase en artista desinteresado, sus miradas se perdían en el infinito, las estrellas luminosas se disputaban el honor de refljarle su cara de inocente cervatillo; entonces no piropeaba á las mujeres, su admiración para ellas, convertíase en adoración supersticiosa de su creador.

Un domingo, presenciaba el desfile de *fieles* que habían asistido á la misa de las doce. De pronto se le oyó el grito significativo de Eureka. Era una muchacha morena, que caminaba con ligereza y con cierto donaire. Sus ojos eran negros y profundamente maliciosos. Vestía con elegancia el traje propio de las de su clase: camisa de gola cubierta con un pañuelo de seda finísimo, rebozo de colores llevado con mucho garbo: era una real moza procedente de nuestros campos, que revelaba mucho tiempo de estar en la capital y haber adquirido algunos refinamientos en su condición. Muy pronto averiguó nuestro hombre todas

las señas del caso. Lugar de su nacimiento, suburbio de *Colección*: edad probable, 18 años: nombre, Silvia.

Servía en una casa acomodada, su amo era un boticario muy gordo y feo, que no despedía muy buen olor que digamos, pero de costumbres patriarcales; se acostaba regularmente á las ocho, y no solía alternar con la servidumbre.

La fortaleza estaba, pues, descubierta para nuestro héroe, sólo faltaba la conquista, pero era aquella linda criadita tan débil fortaleza que don Claudio estaba de enhorabuena.

Ahora referiré de cómo Silvia, acreditó la pureza y virginidad del corazón de las alhajas primorosas que se ocupan en servir en las casas de San José.

El infeliz de Claudio, se plantaba en la esquina desde las siete de la noche á mendigar una sonrisa iluminada por la luz eléctrica.

Durante el invierno, era una verdadera tortura, digna de mejor causa.

Amparado á una esquina maldecía el viento y la llovizna que le hacían tiritar, pero no faltaba á la consigna, siempre empeñado, tenaz, con frialdad austera, como el archiduque de Wéllington.

El desgraciado contrajo varios resfríos y principió á sufrir del reuma, pero seguía paseando su imperturbable delgadez anémica; se envolvía con rabia en el alma, en un pañolón de lana, por toda la parte superior del cuerpo, semejando un fantasma y con paso medurado continuaba su asedio.

No le faltaban á su amor muchas espinas: la sociedad que tuvo que frecuentar por ejemplo. Los sirvientes á quienes era preciso invitar á tomar licor y palmo-tear en el hombro para humanizar sus semblantes hoscos, la cocinera, olorosa á especias, chismosa sempiterna y la chiquilla entregada á los señores de la casa, que fué preciso poner de su parte con golosinas y mimos, todo esto repugnaba á una naturaleza sensible y delicada.

Averiguó que la infiel rapazuela, á medida que le era recomendado el sigilo y más grande la propi-

na, más rápidamente refería á la patrona sus frases y que hasta habían amenazado á su cielo con la destitución infamante por *pajaron*.

Pero estas dificultades no valían la pena; era la acidez natural del fruto.

Había serio disgusto de la apreciable matrona, de la niña de la casa y de una vecina bastante regular de cara, con el pobre enamorado; no le saludaban y le decían á media voz al pasar cerca de él: inmoral, indecente, trasnochado, y otras lindezas.

Pero qué importaba eso, si él soñaba con ahondar á besos el lindo hoyuelo de la barba de su encanto; si no podían comprender la infinita conmiseración que abrigaba por aquella debilidad, nacida por acaso en condición desigual á la suya y acreedora á todos los honores por las secretas perfecciones de su alma y de su cuerpo.

Ya se sabe: los enamorados son indiferentes á las miserias de la humanidad; ante todo su ideal, su *Coseta*, después el caos.....

Y un tenorio de raza no debe cuidarse de la opinión social.

Cuántas cosas feas se murmuran de la gente distinguida, bien educada; cuánto lodo se tapa con el raso, de qué número de escándalos no se apercibe el mundo, por las cortinas, que impiden la plena luz en los salones elegantes!

Además, qué placer, saborear su venganza, odiar á todo gusto á las muñecas decentes que lo despreciaban por ser feo y por no tener el arte de encubrir su sentimiento que se desbordaba pérfidamente en su fisonomía, en sus miradas ardientes de deseo.....

Ah! Las personas hipócritas, las conveniencias, el qué dirán, qué bofetón más tremendo les estaba aplicando.

Silvia, que era lista, comprendió bien pronto de qué clase de sér se trataba y comenzó á dejarse querer, aunque oponiendo ligeras resistencias, desvíos pequeños, de mano maestra para atraer bien á su presa.

Claudio, sin embargo, recelaba de algunos hombres que pasaban por la puerta donde estaba sentada su mujercita y que al parecer eran sus conocidos, sus amigos afectuosos, pero ¡cá! entre artesanos, sirvientes, policías y él, la elección no era dudosa.

Los quehaceres del servicio se la distraían á veces, no aparecía por toda la noche y él tan constante, pero á ella no le faltaban las mismas disculpas: qué quiere Usted, el mayorcito de la señora solicitó de mí que limpiara sus botines, ó que le remendara un rasgo de los pantalones. Al fin terminaba perdonándola.

Pasó el período de las pequeñas concesiones, apretones de mano, besos en la nuca, abrazos por el talle, estaba la cosa en su punto; hablando en lenguaje taurómico: tocaban á matar.

Una vez citada y emplazada ella, se situó Claudio en la puerta de calle del frente á la hora convenida.

La oscuridad era intensa, favoreciendo así el encanto y la facilidad de la ocasión. Silvia, pensaba Claudio, estará en su cuarto de hora cuando ha consentido

Efectivamente, á los pocos minutos pasó cerca de él, rozándole el cuerpo, con su andar arrogante que tanto le agradaba, del brazo de un *cornetero*, miembro humilde del *cuerpo de banda* de esta capital.

Se quedó atontado, con risa estúpida en los labios y los puños apretados, amenazando en la oscuridad la sombra de la pareja. Por fin exclamó: Ah! ¡Quién hubiera sido un músico de tercera!

Z.





Diputados provinciales y

* * *

Nuestros muy honorables representantes de provincias han hecho un lío de sus trapos menos viejos y se han trasladado á la capital, dispuestos á armar escándalos parlamentarios y hacer que el Gobierno lea más la Constitución y la *garde* menos.

Todos ellos, que son personas económicas, se han alojado en la casa de huéspedes de una patrona vieja, pero muy limpia pue puso el siguiente aviso en "La Berengena," periódico de intereses generales y órgano de una sociedad agrícola-literaria:

"A los ilustres diputados provinciales!

Ramona Albondiguillas ofrece su conocida casa de huéspedes situada en la calle del Espárrago; donde los señores representantes pueden vivir en familia, discutir pacíficamente y hasta romperse algo en sus respectivos aposentos.—Servicio esmerado, limpieza y alimentos sanos y nutritivos. Habrá dulce de *guayaba* todos los miércoles y arroz con leche todos los domingos y fiestas de guardar. Los sábados se tocará guitarra y acordeón para distraer á los señores diputados y hacerlos olvidar las desazones del Parlamento. Pago adelantado y se prohíbe alternar con la servidumbre femenina."

Pero resulta que aquella no es casa de huéspedes, ni nada que se le parezca, y los insignes padres de la Patria apenas prueban los alimentos. De ahí viene que andan por ahí con la mirada lánguida y el rostro compungido, teniendo apenas el valor suficiente para no dormirse en sus banquillos.

A ellos no les importan tres pepinos las discusiones, ni los de la oposición, ni nada; sólo piensan en el lomo relleno, el queso de bola y el bistecque á la Bismarck.

Hace poco vimos á uno comiéndose un huevo duro mientras el secretario leía el acta de la sesión anterior.

—Ve Ud. este cardenal que tengo debajo del ojo? —nos decía un representante viejo y barbado—pues me lo hizo uno del Guanacaste, porque como dormimos dos en un mismo catre, se estaba soñando con los de la oposición y me dió con la zurda un golpe que casi me revienta.

—Ave María Purísima! cómo vienes! . . . les dicen sus costillas cuando vuelven al calor del hogar todo derrengados— si pareces una anguila flaca.

—Qué quieres, así nos ponemos defendiendo los sagrados derechos del pueblo soberano.

—¿Pero es que tu defiendes algo?

—Defiendo y ataco; cuando yo digo alguna cosa todos tiemblan, y patean. . . . y hasta se duermen.

—¿Y se come bien en el *hotel*?

—Una atrocidad! Lo que tiene es que yo he perdido el apetito oyendo á los de la oposición perorar contra el Gobierno.

Don Calixto González resultó electo diputado propietario por su provincia. Cuando recibió la noticia estuvo á punto de caerse muerto y se le puso un dolor agudo en un vacío.

—Mira Celsa,—le dijo á su mujer,—¿tengo yo cara de diputado ó de alguna cosa?

—Yo no te noto nada absolutamente.

Porque don Calixto no se acordaba haber tenido talento nunca y anda por ahí con una leva color de rata anciana y un sombrero de copa que le prestó el secretario de una alcaldía, y según nos dijo en uno de los pasillos del Salón de sesiones en días pasados, piensa presentar á la Cámara un proyecto de ley por el cual ningún hombre casado y con hijos puede salir de su casa después de que “el astro rey se esconda

en los nacarados cortinajes del Occidente" (como dicen los escritores cursis) y esté obligado á llevar á su mujer todos los jueves á comer helados con barquillos; las autoridades velarán por la paz del hogar y sofocarán las tempestades conyugales.

—Vamos, Agapita—le decía don Abundio Alforjas á su costilla el 1.º de Mayo muy temprano, después de haber tomado un baño de Agua Kananga para tener buenos olores—no te olvides de ponerme en el lío una botella de aceite de hígado de bacalao y un poco de algodón para taparme los oídos cuando hablen contra el Gobierno.

—A ver, Agapita, se me nota el añadido de los pantalones ¿no? y me va bien la levita del boticario? Sí? Bueno, ahora voy á encerrarme en mi cuarto á meditar un discurso.

Don Abundio, el día que vió su nombre en la lista de los diputados, decía en casa de un vecino picado de viruelas, frotándose las manos:

—Ya soy padre, ya soy padre. . . .

—¿Qué dice Ud.? ¿Conque doña Agapita? Pero si no se le conocía que. Y es varoncito el chico?

—¿Quién habla de chicos aquí? Diputado! Soy diputado, *padre* de la patria, como nos llaman.

Con motivo de haberse suicidado últimamente en el Paso de la Vaca una señorita fea, tragándose el cucharón de la sopa, por uno que hacía de teniente en el Cuartel de Artillería, don Abundio piensa proponer á la Cámara un día de estos, que se condene á 10 años de presidio en San Lucas á todo el que se mate sin el correspondiente permiso del Gobernador.

Muchos hay que le dicen á Ud. al doblar en una esquina, cogiéndolo por la solapa y dándole un fuerte tirón:

—No es por nada, pero yo, aunque me esté mal el decirlo, soy muy grosero y un día de estos voy á poner verdes á los ministros, porque estos señores no

tienen sangre en las venas y no han comido nunca ostiones frescos y bacalao á la vizcaína.

Y los ve Ud. en la sesión con aspecto de senadores romanos, la mirada interesante y el ceño fruncido, y se pasan las horas muertas haciendo bolitas de papel ó sacándole un soneto á la nariz del segundo secretario.

En todo piensan ellos, menos en cumplir su compromiso con el pueblo que representan, y no hablan porque no saben expresarse, porque son faltos de entendimiento ó porque les duele una muela.

Otros hay, que apenas abren la boca para decir alguna cosa, ya están los demás durmiéndose.

—Pido la palabra, señor Presidente—dice uno de provincias que parece un oso, con voz que hace temblar al taquígrafo y á un diputado de Heredia que padece de los nervios:

El Presidente.—Tiene la palabra el señor Representante Sietesuelas.

Sietesuelas. — (Irguiéndose majestuosamente y mirándolos á todos como si quisiera comérselos allí mismo con salsa de tomate). He pedido la palabra, señores diputados (pausa) señores diputados (tos) para, señores diputados, *arrebiatarme* á lo dicho anteriormente por el señor representante del Pito.—(Se sienta muy satisfecho después de toser tres veces).

Es indudable, con estos señores, el país marchará á paso de carga.

Sabemos de un diputado joven, de provincias, que fuma puro en boquilla, que piensa reformar la Carta Fundamental ayudado por dos diputados viejos, y reemplazar la moneda actual por otra de cuero duro ó barro cocido.

Porque es lo que ellos dicen, el país no está para *tacones* de oro, ni de plata, ni de cobre, ni de hierro galvanizado.

EN LA SESIÓN.

Los insignes *padrastos* de la Patria (á quien tra-

tan muy mal) están á punto de tirarse cualquier cosa; los de las barras silban, patean y forman uu barullo infernal.

El Presidente.—(Haciendo sonar el timbre repetidas veces) Orden, orden, señores diputados.

Uno de la mayoría.—Le voy á cortar las orejas, señor Alcachofa (dirigiéndose á un diputado de la derecha)

Alcachofa.—Y yo le voy á sacar á Ud. el hígado y el intestino grueso.

El de la mayoría.—Ud. es un marrano.

Alcachofa.—Y Ud. un mulo, señor Estallido.

Un diputado pacífico de Provincias.—Calma, hermanos míos, tratémonos con ternura.

El Presidente (airado)—Señores diputaaaaados!! Esta no es una plaza de toros.

Uno del Guanacaste.—Eso de toros, ¿lo dice Ud. por nosotros?

YOYO.

San José de Costa Rica—Mayo de 1894.



CUARTILLAS

Revista quincenal

CONDICIONES DE VENTA

Trimestre..... \$ 2-00
Número suelto..... 0-50

Pago adelantado

Administrador,

ANTONIO FONT

6ª Avenida E., Nº 39

San José, C. R.